

**Sociedad,
cultura y literatura**

Carlos Arcos Cabrera, compilador

Sociedad, cultura y literatura



FLACSO
ECUADOR



Ministerio
de Cultura

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador

Avenida Colón y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2903 763

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-207-5

Cuidado de la edición: Bolívar Lucio y Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Rispergraf

Quito, Ecuador, 2009

1ª. edición: junio 2009

Índice

Presentación	9
Introducción	11
PARTE I	
Martins Pena e o dilema de uma sensibilidade popular numa sociedade escravista	43
Antonio Herculano Lopes	
Humberto Salvador y la entrada de Sigmund Freud en las letras ecuatorianas	55
Fernando Balseca	
El problema de la subjetividad en <i>Autorretrato de memoria</i> de Gonzalo Millán	73
Biviana Hernández	
Cuerpo, sensualidad y erotismo: espacio de resistencia desde el cual las narradoras centroamericanas impugnan los mandatos simbólico-culturales	89
Consuelo Meza Márquez	
Diferenças culturais e dilemas da representação	105
Diana I. Klinger	

Opiniones cruzadas sobre veinte años de narcotráfico en Colombia	121
Gabriela Pólit Dueñas	
Entre un tapete persa, un Cadillac y Walden. <i>Las Hojas Muertas</i> de Bárbara Jacobs	135
Hélène Ratner Zaragoza	
“Caracas, ciudad multicultural de los noventa en las novelas: <i>La Última Cena</i> de Stefanía Mosca (1957) y <i>Trance</i> de Isabel González (1963)”	151
Laura Febres de Ayala	
<i>Hasta no verte Jesús mío</i> (1969) de Elena Poniatowska: ¿testimonio o Literatura contestataria?	169
María Miele de Guerra	
Dimensões sensíveis da brasilidade modernista; eboços de uma genealogia literária	179
Mônica Pimenta Velloso	
Desde la sumisión a la rebeldía: El deseo de sujeto femenino y su negación como estrategia de subversión en la obra de María Carolina Geel	193
Pamela Baeza Acevedo	
Cinco imágenes, un ensayo y su propia refutación	211
Ramiro Noriega Fernández	
Letras judaicas americanas: diálogo norte/sur en las autobiografías de Ariel Dorfman e Ilan Stavans	229
Rodrigo Cánovas	
Reordenando el margen discursivo de la violencia. <i>Los Santos Malandros</i> : una nueva representación simbólica/medial en Venezuela	243
Danuska González	

La construcción del sujeto cultural en el discurso y metadiscurso poético y visual mapuche 255
Sonia Betancour

El modelo mito-poético del mundo en la cultura quechua durante el Tahuantín Suyu 271
Ileana Almeida

Estrategias del discurso artístico mapuche como proyecto de autonomía estético-cultural 283
Mabel García Barrera

Traducción y literatura chicana: ¿cuán efectiva puede ser la adaptación? 303
Judith Hernández

PARTE 2

Cine, performatividad y resistencia. Apuntes para la crítica del documental indigenista en Ecuador 321
Christian León

Modernismo brasileiro e mídias audiovisuais: antropofagia globalizada 337
Sonia Cristina Lino

¿Recuerdas Juan?: el rastro del olvido en una película de J. Carlos Rulfo 351
Sua Dabeida Baquero

Energúmenos, best-sellers y cintas de vídeo: mal y subdesarrollo en El exorcista y Satanás 365
Emilio José Gallardo Saborido

PARTE 3

<i>Entre la ira y la esperanza:</i> una escritura y lectura desde la interdisciplinariedad	385
Michael Handelsman	
La polémica periodística y la formación de la inteligencia en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX	399
Germán Alexander Porras Vanegas	
Tradição e Modernidade no Brasil Rural de Maria Isaura Pereira de Queiroz	409
Aline Marinho Lopes	
El barroco y la modernidad latinoamericana. Una lectura a la obra de Bolívar Echeverría	421
Gustavo Morello	
Pensamento crítico latino-americano e os projetos de sociedade na visão dos uruguaios Rodó e Vaz Ferreira e do peruano Mariátegui	437
Sonia Ranincheski	
Sociología, literatura e fome: um retrato da intolerância	453
Tânia Elias Magno da Silva	

Parte 3

Entre la ira y la esperanza (1967-2007): una escritura y lectura desde la interdisciplinariedad

Michael Handelsman*

“La cultura no podrá totalizarse mientras la totalidad del pueblo no se haya adueñado de la totalidad de su historia.”

Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza* (1967)

Acotaciones preliminares

Pretender analizar un texto desde la interdisciplinariedad puede ser un ejercicio fútil puesto que no hay, realmente, ningún acuerdo sobre lo que constituye, o lo que debe constituir, ese cruce de saberes académicos¹. Pese a su posible futilidad –tal vez más aparente que real–, son legión las advertencias y las afirmaciones de la necesidad de trascender las tradicionales demarcaciones disciplinarias dentro y fuera de las instituciones académicas. Las múltiples complejidades y colisiones que definen un planeta cada día más globalizado y conectado exige nuevos esquemas de pensar y de imaginar, los que muchos han identificado en términos de una interculturalidad que, también, se presta a divergentes interpretaciones, especial-

* University of Tennessee, Knoxville.

1 Los estudios culturales y sus múltiples interpretaciones son otra dimensión de los debates acerca de la interdisciplinariedad. Dos colecciones de ensayos que ilustran la amplia gama de definiciones y planteamientos pertinentes a lo interdisciplinario son *Indisciplinar las ciencias sociales* (2002) de Catherine Walsh, Freya Shiwy y Santiago Castro-Gómez y *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales* (2000) editada por Mabel Moraña (ambos textos constan en la bibliografía del presente estudio).

mente cuando se mueve entre diferentes culturas cuyas agendas sociales y políticas pueden ser antagónicas².

Dentro de esta misma línea de preocupaciones e inquietudes, y desde la antropología, concretamente, Clifford Geertz ha comentado que:

“[...] si los estudios etnográficos tendrán una función significativa en el futuro, será en la medida en que posibilitan conversaciones a través de espacios sociales- de etnicidad, religión, clase, género, lenguas, raza- los cuales se han vuelto progresivamente más matizados, más inmediatos y más irregulares. Lo que hace falta ahora no es la construcción de una cultura universal donde se habla el esperanto –o sea, la cultura de los aeropuertos– ni la invención de vastas tecnologías de gestión humana”. (1973).

Más bien, según Geertz,

“urge expandir las posibilidades de discursos inteligibles entre seres profundamente diversos y distintos respecto a sus intereses, sus perspectivas, sus recursos económicos y su acceso a los centros del poder y, al mismo tiempo, situados en un mundo donde, revueltos en encuentros interminables, se hace más y más difícil abrirse el paso libre los unos a los otros” (1988 147. Traducción mía).

Por su parte, el filósofo y sociólogo argentino, Ricardo Forster, ha contribuido al debate sobre la elusiva interdisciplinariedad al señalar que:

“el modo como decimos el mundo es el modo como lo habitamos. Desde esa perspectiva, el discurso del especialista empobrece la realidad y lo humano. La universidad no debe ser un espacio para construir saberes técnicos, sino para formar el carácter, para construir espíritus capaces de hacer un uso crítico del mundo de la información que nos habita” (2005: 2).

2 El programa de doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad Andina Simón Bolívar en Quito, que dirige Catherine Walsh, está elaborando importantes propuestas sobre la interculturalidad y la decolonialidad, las mismas que han influido mi manera de comprender la interdisciplinariedad.

De acuerdo a mi condición de docente en una universidad de EE.UU. donde imparto clases sobre literatura y cultura latinoamericana en castellano, que es una segunda lengua para mí, pero que, con los años, se ha convertido en mi lengua principal para ejercer mi profesión, ese continuo vaivén entre culturas, lenguas y hasta disciplinas me ha convencido que lo interdisciplinario –llamémoslo como lo llamemos– no es solamente necesario, sino plenamente viable. A riesgo de caer en simplificaciones o en planteamientos impresionistas, quisiera indicar que comprendo la interdisciplinariedad, y muchos de los enlaces que esto pueda implicar³, en términos parecidos a los de Geertz y Forster, ya citados. Es decir, en vez de la erradicación de las disciplinas como tales, pienso, más bien, en una suerte de interculturalización entre dichas disciplinas. Este proceso no ha de sugerir, sin embargo, lo que muchos actualmente practican bajo la rúbrica de estudios interdisciplinarios: o sea, personas de diferentes disciplinas académicas que se reúnen para intercambiar ideas, pero sin poner en tela de juicio las bases mismas de sus tradicionales modos de pensar. De manera que, si se entiende por interdisciplinariedad un fenómeno que no produzca profundas transformaciones en nuestra manera de pensar y actuar desde, y a través de, nuestras respectivas áreas académicas de especialización, pues seguiremos habitando el mundo –y nuestros espacios académicos– a manera de exclusiones y distanciamientos, tanto sociales como intelectuales⁴.

Tal vez una comparación entre la interdisciplinariedad y el bilingüismo ayude a aclarar los conceptos y propósitos que darán cuerpo a las reflexiones que siguen a continuación. Básicamente, hay dos niveles desde los que se maneja una segunda lengua con cierta soltura. En primer lugar, hay el nivel donde los hablantes pueden adquirir e impartir información, pero siempre regresan a su lengua nativa a procesar e interpretar lo adquirido. Luego, hay el nivel donde los hablantes se dejan atravesar por la nueva lengua, lo cual implica toda una transformación vivencial. Es decir, la persona verdaderamente bilingüe jamás hablará –es decir, jamás pensará– con una sola gramática. Sin abandonar su lengua nativa, el hablante

3 Por enlaces se entiende aquí los estudios culturales, los estudios de género, lo poscolonial, los estudios de raza y etnicidad y lo subalterno, entre otros campos de reflexión e investigación.

4 Véase, Walsh (2005).

bilingüe se vuelve fronterizo y, esta fluidez, en vez de crear confusiones e imprecisiones, produce lo que Doris Sommer ha llamado una estética bilingüe⁵. Hasta qué punto esta estética representa una ruptura y no una mera “nueva” adaptación a la lengua dominante que sigue debatiéndose. No estará de más anotar que esta misma pregunta incide en muchas de las discusiones que versan sobre la interdisciplinariedad.

Reflexiones sobre la interdisciplinariedad y *Entre la ira y la esperanza*

El 2007 se recordará en algún momento del futuro como el año en que se celebraron, con mucho júbilo, los cuarenta años desde que se publicó por primera vez *Cien años de soledad*- una celebración cuyas múltiples festividades realizadas siguen constituyendo en su conjunto un verdadero acontecimiento cultural y social, tanto en el sentido estético como en el ético, ya que esta creación de Gabriel García Márquez confirmaba (y confirma), una vez más, que las artes y las ciencias sociales se encuentran desde hace mucho en un perpetuo diálogo que a veces ha desentonado mientras que, en otras ocasiones, se ha caracterizado por una fluidez de criterios y perspectivas.

Otro libro seminal que se publicó en 1967 –pero sin el boom que sigue despertando a lectores de todas partes del globo– ha sido *Entre la ira y la esperanza* del ecuatoriano Agustín Cueva. A pesar de no haber trascendido mayormente las fronteras nacionales del Ecuador, esta colección de ensayos de Cueva merece nuevas lecturas a sus cuarenta años de haber salido por primera vez precisamente porque, también, participa lúcida-mente en aquel diálogo, ya mentado, que se alimenta de lo estético y de lo ético. Vale evocar aquí a Alfonso Reyes, el mismo que había señalado en su “Notas sobre la inteligencia americana”: “[. . .] entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servidor público y como deber civilizador” (1981:136).

5 Véase, Sommer (2004).

La responsabilidad cívica del intelectual que Reyes había resaltado al pensar en el caso concreto de América Latina se ha convertido, con el paso del tiempo, en una voz de alerta cuya resonancia actual se escucha dolorosamente al recordar que, según el Banco Mundial,

“[. . .] más de dos billones de personas en todo el mundo actualmente viven con menos de \$2 por día. Más de un billón de personas carecen de fuentes saludables de agua potable, y el 42% de la población mundial, o 2.6 billones de personas no tienen acceso a sistemas sanitarios, según la Organización Mundial de Salud. Aproximadamente 146 millones de niños en los países en desarrollo sufren de la desnutrición, según UNICEF, y más de 10 millones de niños menores de cinco años mueren cada año, muchos de causas que se podrían prevenir si hubiera mejor alimentación y más acceso a un sistema básico de salud. Tales condiciones deplorables representan una crisis humanitaria de primer orden y —mientras nuestro mundo se hace más pequeño y más conectado— una amenaza a la estabilidad, a la comprensión intercultural y a la paz” (Citado por Skorton, 2007: B28; traducción mía).

Con estas lamentables condiciones sociales de trasfondo —u otras parecidas, cuando no las mismas, que seguramente movían a Cueva a poner de relieve la ira que sentía al escribir su *Entre la ira y la esperanza* hace cuarenta años— de nuevo viene al caso Ricardo Forster, que ha completado recientemente el cuadro social de nuestros tiempos, redondeándolo con un pensamiento todavía en ciernes. Es decir, con un pensamiento que oscila desde los años 1980 entre un conformismo amarrado a las promesas de riqueza y las proclamas de “la muerte de las ideologías que venía acompañada por la consagración del pragmatismo liberal y su inevitable consumación,” por un lado, y aquellas voces de resistencia que se pueden escuchar “en la periferia de ese mundo de opulencia, en las zonas destinadas a ser vertederos de los desperdicios de Occidente”, las mismas que

“[...] se fueron gestando diversas formas del rechazo, de la resistencia o, simplemente [...] reclamaban un retorno fantasmagórico y muchas veces alucinado a las genuinas tradiciones repudiadas por las elites gobernantes que en su afán modernizador se deshicieron de lo esencial. En la huella

dejada por el fracaso de esos procesos históricos debe buscarse la actualidad de los retornos integristas” (Forster, 2007:14-15).

Para Forster, un aspecto fundamental de la recuperación de lo íntegro se ha de encontrar en “ese diálogo necesario, ronco y muchas veces conflictivo” (2007:16) que sostienen las ciencias sociales y las humanidades. Es así que Forster ha recordado que Castoriadis había señalado en su “ensayo programático de los años ochenta –Transformación social y creación cultural– [. . .] la sequía creativa que hoy invade al mundo cultural y científico completamente disociado, en su mirada crítica, de los ideales emancipatorios.” Más concretamente, Forster insiste:

“Discursos autorreferenciales, dominio de una metafísica del instante y la fugacidad, despliegue de nuevas formas de analfabetismo que, entre otras consecuencias, deshacen los vínculos esenciales de los lenguajes estéticos y filosóficos, dejando a las ciencias del hombre mudas ante las preguntas imprescindibles que, como bien lo supieron los pensadores de principios de siglo que acaba de cerrarse, [. . .] encuentran en el arte su núcleo irradiador decisivo. Preguntar por el estado de las almas implica, necesariamente, auscultar la profundidad de esa falla, asumir las carencias de nuestros lenguajes y la banalidad autosuficiente con la que las disciplinas universitarias han abandonado esas querellas indispensables, esas contaminaciones sin las cuales ninguna pregunta alcanza a interrogar nada significativo de las actuales condiciones de existencia” (2007:17).

Traigo a colación estas breves referencias preliminares porque entiendo que uno de los objetivos principales del eje temático, “Ciencias sociales, cultura, arte y literatura,” de este congreso en conmemoración de los 50 años de FLACSO, es “crear un espacio para diálogo en torno a esta compleja relación y sus desafíos” (carta de Carlos Arcos Cabrera, coordinador del eje temático). En la misma manera, considero que Agustín Cueva y su *Entre la ira y la esperanza* son paradigmáticos si se espera recuperar aquel diálogo entre las ciencias sociales y las humanidades, junto con aquella conciencia de la medida en que lo ético y lo estético han de alimentarse. Además, Cueva y su texto marcan un camino por el cual será posible reinventar el papel que nosotros –investigadores y docentes– hemos de jugar

en la construcción de nuevas modalidades de pensar desde nuestras respectivas disciplinas, las mismas que, a menudo, desarticulan toda fluidez entre saberes diversos y otros.

Cueva siempre buscaba la totalidad de los saberes, pero no en un sentido cerrado o definitivo ya que comprendía que “su sed de totalización” (1987: 11) pertenecía a un proceso continuo de integración de diferentes teorías y conceptos capaz de generar efectivas propuestas ancladas en ideas todavía secuestradas en disciplinas separadas (Geertz, 1973: 44). Al releer su libro veinte años después de su publicación original, Cueva comentó que “me parece temerario el proyecto de repensar en apenas 200 páginas todo el devenir histórico-cultural del Ecuador, incursionando en campos tan diversos como la literatura, la pintura, la arquitectura, las relaciones interétnicas, la vida cotidiana” (1987: 10). Consciente de las expectativas formales de las disciplinas académicas oficiales, Cueva no pudo evitar, sin embargo, cierta ambivalencia ante el fruto de sus esfuerzos analíticos: “No sé hasta qué punto *Entre la ira y la esperanza* pueda ser considerada como una obra verdaderamente marxista [. . .]. Tampoco estoy seguro de que sea, en rigor, un trabajo de sociología” (1987: 9).

En este mismo espíritu de apertura interdisciplinaria –o actitud iconoclasta, si se prefiere–, se ha señalado que Cueva “nunca abandonó la crítica literaria, y quizás en ello resida uno de sus rasgos más destacados frente a otros sociólogos latinoamericanos, puesto que advertir la centralidad del papel de la cultura en nuestras formaciones sociales constituye un avanzado aporte” (Beigel, 1995: 43).

Se recordará que en *Entre la ira y la esperanza*, Cueva recurrió a la literatura y las artes plásticas para denunciar la condición colonial de la cultura ecuatoriana. De hecho, muchos de sus planteamientos críticos vistos desde la actualidad revelan la medida en que este libro seminal constituye un repositorio de ideas y conceptos que parece haber anticipado lo que algunos conocen ahora como la colonialidad del saber, la colonialidad del poder y la colonialidad del ser⁶. Por eso, Fernanda Beigel se ha referido a

6 Catherine Walsh, Walter Dignolo, Aníbal Quijano, Arturo Escobar, Edgardo Lander, Javier Sanjinés, Fernando Coronil y Freya Schiwiy son algunos intelectuales que han aportado mucho al tema de la colonialidad.

la “dimensión continental” (1995: 26) de *Entre la ira y la esperanza*, ya que el enfoque en lo ecuatoriano se fundamentó en “la lucha contra la apropiación de la identidad nacional por parte de los sectores hegemónicos” (1995: 26). Es decir, Cueva se había interesado en deconstruir “la raíz histórica y social de toda expresión humana, y [había encontrado] en la crítica a la literatura de su país, el espacio para combatir las sistematizaciones de la cultura nacional hechas por las clases dominantes” (Beigel, 1995: 27).

Aunque algunos habrán acusado a Cueva de un supuesto dogmatismo debido a su adhesión al materialismo histórico como modo de pensar, su análisis acerca de las expresiones artísticas ecuatorianas, dentro del contexto de lo colonial, más bien apuntaba a una preocupación por dejar al descubierto el proceso mismo de la creación artística, y no a las interpretaciones de las obras artísticas, de por sí, como productos definitivos. En este sentido, viene al caso aquí una reflexión de Wolfgang Iser que enseñó que la función de un intérprete no debe ser únicamente la de explicar una obra de arte, sino la de revelar las condiciones que producen sus posibles efectos (Iser, 1978: 18). Tal vez, por eso, el mismo Cueva había destacado el carácter “exploratorio” de *Entre la ira y la esperanza*, señalando que si bien seguía convencido de los “principales perfiles ideológicos” de su ensayo –los mismos que dieron cuerpo a su denuncia de la apropiación de las artes por la clase dominante–, “hay algunos juicios que merecerían revisarse o por lo menos matizarse” (Cueva, 1987: 13) en cuanto a su valoración de determinadas obras como productos estéticos.

Es significativo que Cueva, el sociólogo, haya puesto de relieve su formación interdisciplinaria al definirse en términos de su oficio profesional. En vez de referirse a textos imprescindibles de su disciplina académica, Cueva identificó como sus libros de base: *¿Qué es la literatura?* de Sartre, *Teoría de la novela* de Lukács, *El grado cero de la escritura* y *Mitologías* de Barthes, y el *El pensamiento salvaje* y *Tristes trópicos* de Lévi-Strauss. Según constató el mismo Cueva:

“Lecturas de base muy poco ortodoxas para un autor al que algunos consideran (caricaturalmente) como la encarnación de cierto pensamiento ‘dogmático’; y, si se quiere redondear la paradoja, textos muy poco socio-

lógicos para ser los favoritos de alguien que se supone es un sociólogo profesional” (1987: 8).

Más que un pensamiento ecléctico caracterizado por una acumulación desordenada de ideas enriquecedoras de algún aficionado, Cueva se perfiló desde su condición de investigador y docente académico y, por lo tanto, no perdió de vista los parámetros disciplinarios de los saberes que él manejaba. De hecho, la presencia ineludible de las disciplinas formativas asomó hasta en una remembranza nostálgica que él expresó al comparar el ambiente cultural de la ciudad de Quito de los años 1980 con el de los sesenta del siglo pasado. Según señaló Cueva,

“Quito no posee más los medios de comunicación cultural tradicionales: cafés, grupos de escritores con y sin comillas que nos frecuentábamos diariamente, cercanía física que permitía asistir a prácticamente todos los eventos de interés, enriquecimiento ‘interdisciplinario’ casi forzoso dada la pequeñez de los círculos de escritores, artistas, gente de ciencias sociales, etc.” (1987: 23).

El haber escrito “interdisciplinario” entre comillas al compartir el anterior recuerdo en el prólogo que había preparado para la quinta edición de *Entre la ira y la esperanza*, publicada en 1987, puede leerse como una referencia indirecta e irónica a las sospechas que la interdisciplinariedad todavía despierta entre muchos académicos acostumbrados a desempeñarse profesionalmente desde espacios bien delimitados en nombre de sus respectivas especializaciones. En efecto, es esa misma delimitación de los saberes que Cueva había combatido incesantemente debido a sus resultados fragmentarios que impedían aquella totalización que él defendía enérgicamente desde las páginas de *Entre la ira y la esperanza*. Es así que se lee:

“La cultura no podrá totalizarse mientras la totalidad del pueblo no se haya adueñado de la totalidad de su historia. Pero tal apropiación no se producirá sino cuando del fondo de esa misma historia surjan las fuerzas conscientes de esa común misión. Por consiguiente, lo que necesitamos llevar a cabo es una labor encaminada a hacer que el hombre tome conciencia de su situación real y actúe en consecuencia. Pues no hay que olvi-

dar que si bien es cierto que la verdad ecuatoriana no aparecerá entera sino en el momento de una transformación total, no lo es menos que para ésta se produzca es necesario que previamente se haya llegado a un punto alto de toma de conciencia de nuestros problemas. A ello pueden y deben contribuir los intelectuales del Ecuador” (163-164).

Hay que comprender que parte de su motivación por insistir en alcanzar aquella “totalidad del hombre y de su historia” se debía a su convicción de que hacía falta combatir diversas tendencias pos-estructuralistas y posmodernas que anunciaban el fin de la historia y, en general, la posibilidad de haber alternativas a ciertos esquemas neoliberales que muchos habían aceptado como “la nueva condición de vida –algo inevitable, como tener que beber agua y comer” (Beverly, 1996: 469-470).

Por lo tanto, Cueva no se cansó de denunciar lo que él había percibido como una complicidad de muchos académicos que se habían encerrado en sus espacios de especialistas para así, aislarse en sus discursos altamente técnicos y socialmente miopes. Fernanda Beigel, que ha analizado el pensamiento de Cueva, lo puso en contexto al observar: “Frente a la tan mentada ‘crisis de los grandes paradigmas’ [...] parecemos no tener respuestas. Nos refugiamos en los análisis ‘micro’ y abandonamos esa mirada totalizante que caracterizó a la producción intelectual de otras épocas” (1995: 19).

Tal vez, fue por su fascinación con el pensamiento estructuralista del antropólogo, Lévi-Strauss, que Cueva comprendió que si bien los elementos individuales de la cultura que podemos distinguir no tienen ningún significado de por sí, reciben su significado del sistema de signos en que funcionan, por una parte, y de las diferencias con otros signos, por otra parte. Es decir, como la relación entre el signo lingüístico y su referente concreto, la relación entre un fenómeno cultural específico y lo que expresa –su significado– es arbitrario en el sentido de que es determinado por los convencionalismos (Bertens, 2001: 61-62). A diferencia de los que habían interpretado lo arbitrario de los significados como un pretexto para abandonar toda posibilidad de encontrar algún significado determinante, en lo que se refiere a *Entre la ira y la esperanza*, su “sed de totalización” movió a Cueva a analizar el sistema de significados a partir de la literatu-

ra ecuatoriana, la misma que él había reconocido como un elemento clave dentro de un sistema de relaciones sociales de poder. De modo que, antes de la emergencia del nuevo historicismo norteamericano y el materialismo cultural británico de los años 1980, que enseñaban que todo texto es una construcción verbal anclada en un tiempo y en un espacio, y que es siempre, de una manera u otra, político, Cueva ya había señalado en 1967 lo que Hans Bertens expresará 34 años más tarde:

“la literatura no refleja simplemente las relaciones de poder, sino que participa activamente en la consolidación y/o construcción de discursos e ideologías como, también, funciona como un instrumento en la construcción de identidades, no solamente en el nivel individual –el del sujeto– sino, también, en el nivel del grupo, o hasta en el del Estado-nación. La literatura no es simplemente un producto de la historia, sino que también la produce” (2001: 177).

No será ninguna novedad señalar que la literatura es una institución social que emplea el lenguaje como su medio de comunicación, el mismo que es una creación social. René Wellek y Austin Warren, en su clásico estudio titulado *Theory of Literature*, ya habían insistido en la función social de la literatura, constatando que muchas de las cuestiones que conciernen la crítica literaria son, en última instancia, o por implicación, sociales: es decir, cuestiones de la tradición y los convencionalismos, las normas y los géneros, los símbolos y los mitos (1956: 94).

Por su parte, Clifford Geertz ha puesto de relieve la medida en que los escritos antropológicos son interpretaciones parecidas a los textos de la ficción, “en el sentido de ser algo creado, algo moldeado”, pero no necesariamente falsos o sin fundamentos (1973: 15). Hayden White, en su *Tropics of Discourse* (1978) ha hecho similares comparaciones al comentar lo entrelazadas que son la historia y la literatura, especialmente en lo que se refiere a los tropos y recursos discursivos empleados por ambas disciplinas. Agustín Cueva comprendía este carácter fronterizo de los saberes; por eso, fue un sociólogo que ejercía su profesión moviéndose entre campos de estudio que, según los parámetros oficiales de la Academia, son distintos y deben ser valorados por sus respectivos especialistas.

Conclusión

Quisiera dejar con ustedes la idea de que una nueva lectura de *Entre la ira y la esperanza* revelará un pensamiento centrado en una interdisciplinariedad que apunta a mucho más que a una colección de monólogos dispersos entre diversas disciplinas. Por eso, ante la estrechez de los discursos especializados que han acaparado muchos espacios universitarios, a lo largo del Norte y del Sur y, en el proceso, han contribuido a lo que Ricardo Forster ha identificado como el “empobrecimiento del lenguaje,” surge la necesidad de recuperar “la tradición de las irradiaciones, los cruces, las contaminaciones.” Para Forster (2005:2), esta recuperación no trata del

“multidisciplinarismo, que es la suma –que nunca suma– de distintas disciplinas que siguen siendo autorreferenciales. Hablo de otra cosa –dice este filósofo argentino– de entrelazamiento, de una visión que logre mezclar una poética con el discurso de un geógrafo, la perspectiva de un pintor y el modo de pensar de un matemático. Una intervención crítica que logre dinamitar las fronteras”.

Sin duda alguna, un sociólogo que pensaba desde Sartre, Lévi-Strauss, Barthes y Lukács encontraría una plaza dentro del módulo académico que Forster sigue reclamando.

Si bien es cierto que hay muchos malentendidos y mucho escepticismo respecto a lo que significa la interdisciplinariedad, especialmente cuando los múltiples conceptos y sus respectivas prácticas se encuentran en una vorágine de objetivos y expectativas que sólo parecen tener en común su disonancia, conviene recordar con Catherine Walsh, Freya Shiwy y Santiago Castro-Gómez, que

“Los académicos necesitamos encontrar posibilidades de desarrollar imaginarios alternativos que implican cuestionar las genealogías establecidas, de encontrar maneras de entrar en discusiones respetuosas y críticas con los conocimientos fronterizos aunque no se expresen a través de los regímenes discursivos académicos y/u occidentales” (2002: 128).

Pero tales “imaginarios alternativos” requieren, entre otras necesidades, aquella “sed de totalización” continuamente destacada por Agustín Cueva. Tal vez, en eso radica la esperanza que había anunciado en el título de su obra seminal acerca de la cultura nacional ecuatoriana.

Así que terminemos estas reflexiones sobre la interdisciplinariedad con un fragmento de un poema de William Carlos Williams. No hay duda de que Agustín Cueva, sociólogo y latinoamericano, comprendió y vivió lo que este poeta norteamericano quiso comunicar:

“It is difficult
to get the news from poems
yet men die miserably every day
for lack
of what is found there”.

(Asphodel, that Greeny Flower; citado en una carta de Christian Wiman, Director de la revista, Poetry; octubre de 2007)

Bibliografía

- Beigel, Fernanda (1995). *Agustín Cueva: estado, sociedad y política en América Latina*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Bertens, Hans (2001). *Literary Theory (The Basics)*. London: Routledge.
- Beverly, John (1996). “Sobre la situación actual de los Estudios Culturales”. *Asedios a la heterogeneidad cultural. Libro de homenaje a Antonio Cornejo Polar*, coords. José Antonio Mazzotti y U. Juan Cevallos Aguilar. Philadelphia: Asociación Internacional de Peruanistas.
- Cueva, Agustín (1987). “Veinte años después (Introducción a la 5ª edición de Entre la ira y la esperanza),” en *Entre la ira y la esperanza*. Quito: Editorial Planeta.
- Forster, Ricardo (2005). “La muerte de la palabra en el mundo universitario” (entrevista con Javier Lorca). www.pagina12.com.ar
- _____ (2007). “Entre la ruina y la espera: viaje al mundo de las almas,” inédito.

- Geertz, Clifford (1973). *The Interpretation of Cultures*. York: Basic Books.
- _____ (1988). *Works and Lives, The Anthropologist as Autor*. California: Standford University Press.
- Iser, Wolfgang (1978). *The Act of Reading: A Theory of Aesthetic Response*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Moraña, Mabel, ed. (2000). *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Reyes, Alfonso (1981). "Notas sobre la inteligencia Americana". En *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, comp. John Skirius. México: Fondo de Cultura Económica.
- Skorton, David J. (2007). A Global Outreach Plan for Colleges. *The Chronicle Review*, B28. 21 September .
- Sommer, Doris (2004). *Bilingual Aesthetics. A New Sentimental Education*. Durham: Duke University Press.
- Walsh, Catherine, ed. (2003). *Estudios culturales latinoamericanos: retos desde y sobre la Región Andina*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Ediciones Abya Yala.
- Walsh, Catherine, ed. (2005). *Pensamiento crítico y matriz (de)colonial: reflexiones latinoamericanos*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Ediciones Abya Yala.
- Walsh, Catherine, Freya Shiwy y Santiago Castro-Gómez, eds. (2002). *Indisciplinar las ciencias sociales*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar y Ediciones Abya Yala.
- Wellek, René and Austin Warren (1956). *Theory of Literature*, New York: Harcourt, Brace and World, Inc. 3° ed.